

CAPÍTULO III. *De algunas terribles tentaciones con que el demonio procuró de inquietar a este varón santo, de que por la divina gracia salió vencedor.*



EN ESTE MISMO LUGAR DE NUESTRA SEÑORA de Monte Coeli de el Hoyo estuvo algún tiempo este siervo de Dios, donde también fue tentado y ejercitado en las astucias y combates de Satanás; porque a los que Dios quiere ensalzar, y escoge para sus siervos y privados, primero los quiere purgar y los hace pasar por el fuego de la tentación, como lo dice el salmista,¹ para traerlos después al refrigerio de las celestiales consolaciones y a la perfecta unión de el alma con su criador. Pretendiendo, pues, el varón de Dios recogerse muy de veras y darse a él, en este monasterio, permitiéndolo el mismo señor, para más aprovechamiento suyo, le procuró nuestro adversario muchas tentaciones y de muchas maneras. Una de las cuales fue que comenzó a tener gran sequedad y tibieza en la oración y aborreció el yermo; antes le daba contento el campo y las arboledas, y después los árboles le parecían demonios; no podía ver los frailes con amor y caridad, como solía; no tomaba sabor en cosa alguna espiritual, ni arrastraba a ella, sino con gran sequedad y desabrimiento, y vivía con esto muy atormentado. Vinole sobre esto una terrible tentación contra la fe, sin poder desecharla de sí. Parecíale que cuando celebraba y decía misa, no consagraba y como quien se hace grandísima fuerza, y con gran dificultad consumía el Santísimo Sacramento. Tanto le fatigaba aquesta imaginación que no quería celebrar, ni casi podía comer, y estaba ya tan flaco de la mucha abstinencia y penitencia y de la aflicción de su espíritu, que no tenía sino solos los huesos pegados a la piel y consumidas las carnes, como otro Job.² Parecíale a él que estaba muy rico y bueno, y que tenía tantas fuerzas que podría llevar mayor rigor consigo. Y pasando el día entero sin comer, otro día se hallaba con las mismas fuerzas que antes, y aun (según él decía) con más y sin gana de comer. Estuvo de esta manera sin comer cuatro o cinco días, y enflaquecía mucho su cuerpo. Importunábanle los frailes que comiese, y él decía que nunca con tantas fuerzas se había hallado como entonces, que no era pequeña sino muy grande y sutil tentación de Satanás para derrocarlo de tal manera que cuando ya lo sintiese de el todo sin fuerzas, lo dejase y desfalleciese, sin poder tornar en sí o enloqueciese, para lo cual ayudaba mucho velar tanto de noche, sin dormir, como él lo hacía. Mas como nuestro señor nunca desampara a los suyos, ni permite que caigan en la tentación, y es tan fiel que no deja ser tentado alguno más de aquello que puede sufrir, para que con la tentación tenga aprovechamiento en su alma,³ dejó llegar a este su siervo hasta donde pudo sufrir la tenta-

¹ Psal. 65.

² Job. 19.

³ 1. Ad Cor. 10.

ción, sin detrimento de su alma; y tuvo por bien que una pobre mujer le alumbrase y diese medicina para ella, que es materia grande ésta para considerar nosotros la grandeza de nuestro Dios, que no escoge los sabios y letrados de el mundo, sino los simples y humildes, para usar sus misericordias, por medio de ellos, tomándolos por instrumento de sus maravillas, como hizo ésta por esta mujer simple que digo, lo cual acaeció en esta manera.

Como el varón de Dios fuese del monasterio del Hoyo a pedir limosna del pan a un lugar que se dice Robleda, la hermana de los frailes, viéndolo flaco y debilitado dijole en entrando en su casa: Ay, padre, y vos ¿qué habéis, que parece queréis expirar de flaco? Oyendo él estas palabras le fueron tan eficaces, que como si se las dijera un ángel, le cavaron el corazón, y como quien despierta de un gran sueño volvió en sí y comenzó a pensar cómo no comía casi nada. Y decía entre sí: Si por ventura aquello fuera tentación; y consideró y creyó que cierto lo era. Y habiéndose descubierto el enemigo que la causaba y atizaba, dejóle y cesó la tentación. Sintió luego el soldado de Cristo gran flaqueza y desmayo, y hallóse tan sin fuerzas que no se podía tener en los pies. Comenzó a comer moderadamente; y de allí adelante quedó más avisado para conocer las astucias y engaños de Satanás, que aunque pudiera haberlas advertido, como mi padre San Francisco, cuando le fue a persuadir que no fuese tan áspero y riguroso en la penitencia, según habría leído en las conformidades que leyó, cuando novició; no es de todos espíritus conocerlas, si para ello no da ojos particulares Dios, que lo conoce y sabe sus mañas desde el principio de su creación; y es muy necesaria su ayuda, para entender sus tentaciones; que si sabe transfigurarse en ángel de luz (como dice San Pablo) también sabía tentar con apariencias de verdad, aunque sea sobre fundamentos de muy grandes mentiras, para cuya manifestación y descubrimiento es menester la lumbre y claridad divina, y mucho recato de parte de el tentado para no ser vencido y para salir vencedor. Deshicieronse con esto todos los demás nublados de las imaginaciones y tentaciones espirituales que lo atormentaban. Y como bien purgado con la tentación pasada, volvió a gustar, con más suavidad, el manjar de vida, en el santísimo combite de el altar, y comenzó a amar de más cordial y nuevo amor a sus hermanos los religiosos, abrazándolos y mostrando quererlos meter en sus entrañas. Y perseverando en este amor de los frailes, con quien conversaba, trájolo Dios a un amor general de los prójimos; y tanto, que por amor de ellos vino a desear padecer martirio entre infieles, por convertirlos y salvar sus ánimas.

